

CLARÍN Y GONZÁLEZ SERRANO

Antonio JIMÉNEZ GARCÍA
Universidad Complutense de Madrid

Con ocasión del centenario de la muerte de Leopoldo Alas *Clarín* he tenido que releer, para esta intervención, algunos textos que tenía ya casi olvidados. Es siempre muy gratificante volver al paraíso de la infancia, y mi paraíso tiene una deuda contraída con la Fundación Escuela-Biblioteca Concha de Navalморal de la Mata, donde ingresé hace ahora cuarenta y ocho años para realizar el parvulario. Era éste un centro que, aunque no educaba en aquella fecha bajo los principios institucionistas y froebelianos con que fuera inaugurado el 2 de enero de 1885 (en un solemne acto en el que intervinieron Urbano González Serrano, Eugenio Bartolomé Mingo, Pedro Alcántara García y José Francos Rodríguez), tampoco enseñaba bajo la doctrina oficial del nacionalcatolicismo imperante. En la biblioteca de aquella institución leí años más tarde, en la adolescencia, algunas obras de *Clarín* en primeras ediciones dedicadas por su autor a González Serrano. Y es precisamente de estos dos autores de quienes vengo a hablar hoy aquí, de su amistad estrecha y sincera, de los juicios y opiniones que se cruzaron el uno sobre el otro, en esta casa-museo de Menéndez Pelayo en Santander, al que ambos apreciaron, a pesar de la distancia ideológica que les separaba, con justicia no exenta de sentido crítico y discrepancia.

1. CLARÍN Y EL KRAUSISMO

Mucho se ha escrito y especulado sobre la relación de *Clarín* con el krausismo, y sin entrar ahora en demasiadas profundidades remito a los excelen-

tes trabajos de Luis García San Miguel¹ e Yvan Lissorgues². *Clarín* llega a Madrid en 1871 para doctorarse en Derecho, y conoce entonces a Giner, Azcárate, Salmerón, González Serrano y otras destacadas figuras del krausismo. El polémico y tan debatido posible krausismo de *Clarín* pasa por, o tiene una clave interpretativa en, la figura de su maestro Urbano González Serrano. A él se refiere en un artículo dedicado a Alfredo Adolfo Camus con estas significativas palabras:

Una mañana de octubre de 1871 entraba yo, o creía entrar, en la cátedra de literatura latina de la Universidad Central. Estaba seguro: el aula tenía el número que rezaba el cuadro de la portería; la hora aquella era: allí estaría Camus. ¡Con qué emoción abrí la puerta! Penetré a lo gato por no hacer ruido, por cumplir bien con mi papel de mísero estudiante provinciano, absolutamente insignificante; me senté en un rincón del primer banco, y busqué con los ojos abiertos a lo maravilloso la figura simpática del profesor, de la *lumbera clásica*, como pensaba yo. En el sillón del catedrático estaba un joven de poco más de veinte años, moreno, de aventajada estatura, a juzgar por el busto. Hablaba con rapidez y con gesto y acento apasionados; movía mucho los brazos extendidos, y tenía cierta expresión de misterio en la mirada, en las inclinaciones de la cabeza y en el ir y venir de las manos, que a veces tomaban movimientos de alas. Parecía un moro vestido de levita. Lo que decía, también tenía para mí algo de árabe, a lo menos por lo incomprensible: yo entendía las palabras todas o casi todas, pero se me escapaba el sentido de muchas frases, y por completo el de los raciocinios. Comprendí en seguida, sin necesidad de gran perspicacia, que ni aquel era Camus, ni aquello era literatura del Lacio. En efecto: había habido un cambio de horas entre dos clases, y la que tenía enfrente era la *Metafísica* krausista, explicada por el sustituto de Salmerón, el que hoy es mi queridísimo amigo y siempre maestro (desde aquel día) Urbano González Serrano.

Al día siguiente, algo más temprano, en aquel mismo sitio, en vez del joven de tipo oriental que hablaba de ideas sutilísimas con ademanes de la pasión filosófica, como sienta bien a todo pensador meridional, que lleva el corazón y el temperamento a la dialéctica y es a los filósofos lo que el jerez a los vinos, merced a la colaboración del sol en el fermento de sus pensare; en vez del krausista extremeño, discípulo del krausista andaluz, vi detrás de la mesa del catedrático un anciano alegre y vivo en gestos y ademanes, de tipo francamente latino, con permiso de Valera; una cabeza digna de una moneda del Imperio³.

¹ Cfr. GARCÍA SAN MIGUEL, Luis: *El pensamiento de Leopoldo Alas "Clarín"*. Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1987. San Miguel señala cuatro etapas bien diferenciadas en la evolución del pensamiento de Leopoldo Alas: católico-escolástica, krausista, positivista moderada o krausopositivista, e idealista (pp. 51-88).

² Cfr. LISSORGUES, Yvan: *El pensamiento filosófico y religioso de Leopoldo Alas, Clarín (1875-*

Ruego se me disculpe la reproducción de una cita tan larga, pero creo que es sumamente importante a la hora de retratar la figura de González Serrano, porque viene a resumir en su persona el modelo y la imagen de sabio krausista sociológicamente aceptado por la opinión pública del momento, aunque de manera un tanto tópica. Dando por bueno, pues no hay razones para no hacerlo así, lo que nos dice *Clarín* en lo que parece ser un apunte autobiográfico, en esta fecha comenzaría su amistad no sólo con González Serrano, sino también con la plana mayor del krausismo. Y también entonces empezaría a recibir la influencia marcada, no superficial y transitoria como dicen algunos, de la escuela filosófica que en aquellos años ejercía una hegemonía casi absoluta en el ámbito de la cultura patria. Este primer contacto con el krausismo se vería consolidado y reforzado durante la década que permanece en Madrid (1871-1882) asistiendo a los cafés, tertulias, El Ateneo, redacciones de periódicos, etc. Como señala Gonzalo Sobejano, “responde también Alas al perfil del intelectual krausista, amante de la libertad y la verdad, y preocupado por la dimensión ética del ser humano”⁴. En esta época *Clarín* reconoce la vitalidad de la filosofía krausista y sus logros especulativos frente a las vaguedades hegelianas o a las tergiversaciones neo-escolásticas: “De todas las corrientes por donde la filosofía del siglo XIX ha penetrado en España, la única que ha dado frutos dignos de ser tenidos en cuenta es la representada por el señor Sanz del Río y algunos de sus discípulos, muy especialmente los señores Salmerón, Giner y Castro”⁵.

1901). Presentación de Laureano Bonet. Oviedo, Grupo Editorial Asturiano, 1996. Para Lissorgues la influencia del krausismo en Clarín fue muy profunda, sobre todo durante el período madrileño (1871-1882), y muy especialmente en la época (1871-1875) en que fue alumno de los profesores krausistas Giner, Azcárate, González Serrano, Camús, Salmerón y Canalejas en la Universidad Central (pp. 156-195).

³ ALAS CLARIN, L.: “Camus”. *La Ilustración Ibérica* vol. VII, nº 329 (20 de Abril de 1889), p. 246. Recogido con posterioridad en el libro *Ensayos y revistas*, Madrid, Manuel Fernández Lasanta, 1892, pp. 12-13. Hay edición moderna a cargo de Antonio Vilanova en Barcelona, Editorial Lumen, 1991, pp. 75-76. Sobre Camus existe un excelente trabajo de Francisco GARCÍA JURADO: *Alfredo Adolfo Camús (1797-1889)*. Madrid, Ediciones Clásicas, 2002, 93 pp.

⁴ SOBEJANO, G.: “Estudio preliminar” a ALAS “CLARIN”, Leopoldo: *Cuentos*. Edición de Angeles Ezama. Barcelona, Crítica, 1997, p. XXVIII.

⁵ ALAS CLARIN, L.: “Sobre motivos de una obra póstuma de Sanz del Río”, *El Solfeo*, nº 815, 23 de abril de 1878; en *Obras Completas V. Artículos (1875-1878)*. Edición de Jean-François Botrel e Yvan Lissorgues. Oviedo, Ediciones Nobel, 2002, p. 1009. La obra a la que se refiere-

Un recorrido exhaustivo por la obra de *Clarín* nos descubre numerosos lugares krausistas, es decir, situaciones y personajes que responden al estereotipo del momento sobre dicha filosofía y sus protagonistas. Dejando de lado *La Regenta*, que es un mundo aparte y merecería un estudio específico⁶, muchos de sus cuentos pueden ser leídos desde esta perspectiva⁷, y, entre otros, muy especialmente *El Doctor Sutilis* (1878), *La mosca sabia* (1880), *El Doctor Pértinax* (1880), *Doctor Angelicus* (1881), *Don Ermeguncio o la vocación (Del Natural)* (1881), *Zurita* (1884), *Un grabado* (1894), *Ordalías* (1894), *El sombrero del señor cura* (1897), *Dos sabios* (1899), *El gallo de Sócrates* (1901), *La médica* (1901) y *En la droguería* (1901). Con la fina ironía que caracteriza al escritor ovetense, los protagonistas de estos relatos (sabios, filósofos y profesores) suelen ser a menudo ridiculizados y criticados estableciendo una línea insalvable entre abstracción y realidad, o entre idealismo y positivismo, y es aquí donde entran en juego las referencias y alusiones que acabo de mencionar. Así don Braulio, el protagonista de *Ordalías*, busca un buen maestro

re es *Análisis del pensamiento racional*. También González Serrano publicó con anterioridad una notable reseña del inédito de Sanz del Río en la *Revista de España*, tomo LX, enero-febrero de 1878, pp. 555-563, recogido más tarde en *Ensayos de Crítica y de Filosofía*. Madrid, Aurelio J. Alaría, Impresor, 1881, pp. 245-255.

⁶ Roger L. Utt apunta, precisamente, la posibilidad de que *Clarín* hubiese utilizado *Preocupaciones sociales*. *Ensayos de psicología popular*, de González Serrano, para la configuración de varios personajes de *La Regenta*. Estas son sus palabras: "... cómo pudo haberse aprovechado Alas del *vademecum* tipológico de González Serrano en la conceptualización de algún personaje de su gran novela. Extraordinariamente sugestivo es este tema; sumamente compleja, exigente y peligrosa es esta clase de ejercicio crítico. No quiero sugerir que haya una absoluta correspondencia entre los personajes, principales o secundarios, de *La Regenta*, y algún que otro retrato moral abstractamente perfilado por González Serrano. Pero tampoco resulta fácil desatender los múltiples paralelismos sorprendentes que surgen de los bocetos del psicólogo. ¿Podemos, acaso, vislumbrar en alguno de éstos la "voluntad atrofiada" de Ana Ozores (Apéndice K: "Los caracteres vidriosos")? ¿Los *efectismos* y el "culto excesivo a las formas" del ex Regente de la Audiencia de Vetusta, Victor Quintanar (Apéndice L: "Los Catones inflexibles")? ¿La "soberbia rebelde" del Magistral Fermín de Pas (Apéndice M: "Los Flexibles del espinazo")? ¿El "ciego egoísmo" de Alvaro Mesía (Apéndice N: "Las Genialidades")? Dejo al buen criterio del lector la comprobación o el rechazo de las instancias que así expongo, no para proponer una desconocida *intertextualité*, sino para plantear la cuestión de una insospechada fuente de inspiración y un potente recurso de análisis social latentes en una de las obras cumbres de la literatura española". En *Textos y contextos de Clarín*. Madrid, Ediciones Itsmo, 1988, pp. 297-298.

⁷ Así lo hace, por ejemplo, Juan José Gil Cremades en *Krausistas y Liberales*. Madrid, Seminarios y Ediciones, 1975, pp. 181-198. También Laura de los Ríos en *Los cuentos de Clarín. Proyección de una vida*. Madrid, Ediciones de la Revista de Occidente, 1965, pp. 156-169.

para la educación de sus hijos; para ello se empapa de lecturas pedagógicas, y lee sobre todo a Pestalozzi, pero no encuentra lo que busca; hasta que, por azar, da con don Ruperto, un hombre sencillo y pobre, pero culto, además de austero y limpio, alejado de cualquier refinamiento indumentario y con ausencia total de lujo y superfluidad⁸. ¿Cómo no ver en este personaje ciertos rasgos del mismísimo Giner?. En *Dos sabios*, p. e., satiriza la petulancia académica de dos hombres de ciencia en el balneario de Aguachirle (repárese en el sentido simbólico de los nombres) a partir de una serie de situaciones cómicas y ridículas⁹. El doctor Glauben, protagonista de *Un grabado*, es un profesor de filosofía que enseña metafísica “con todo el aparato metódico de las modernísimas tendencias”¹⁰; viudo y con hijos, busca en sus reflexiones filosóficas “la paternidad, como imperativo categórico del dolor”¹¹. El retrato que *Clarín* hace del protagonista de este cuento (“Glauben era alto, delgado y pálido, como de unos cincuenta años, con cabellera ondeada, negra sin una cana, de hebras sedosas, tenues, dóciles a la mano fina y aristocrática”¹²) guarda un cierto parecido, en palabras de Laura de los Ríos, con González Serrano¹³; García Martín también se apunta a esta posibilidad¹⁴. Don Ermeguncio de la Trascendencia, en el relato de igual título, que vivió en los tiempos en que mandaban los krausistas según *Clarín*, es un personaje de la clase de los sabios, subclase de los filósofos, que se pasa la vida esperando la edad de la armonía¹⁵. Autor de obras imposibles que siempre divi-

⁸ Cfr. ALAS CLARÍN, L.: *Cuentos morales*. Madrid, La España Editorial, 1896, pp. 251-264.

⁹ Cfr. ALAS CLARÍN, L.: *El gallo de Sócrates*, en *Cuentos completos*. Edición de Carolyn Richmond. Madrid, Alfaguara, 2001, 3ª edición revisada, vol. 2, pp. 271-278.

¹⁰ ALAS CLARÍN, L.: *Cuentos morales*, ed. cit., p. 139.

¹¹ *Ibid.*, pp- 151-152.

¹² *Ibid.*, p. 143.

¹³ “Este retrato no está muy lejos de aquel del joven filósofo que ‘aparecía [sic] un moro vestido de levita’, sustituto en la cátedra de Salmerón”. RÍOS, L. de los: *Los cuentos de Clarín*, ed. cit., p. 160. Lo único que no cuadra en esta identificación es la palidez del doctor Glauben frente a la tez muy morena de González Serrano; por eso a *Clarín* le parecía “un moro vestido de levita”.

¹⁴ “Ciertos críticos han querido ver en la figura de González Serrano el modelo de alguno de los muchos sabios krausistas, caricaturizados con tanta burla como ternura, que aparecen en los cuentos de Clarín, y especialmente del profesor Glauben, protagonista de ‘Un grabado’”. En GARCÍA MARTÍN, J.L.: “González Serrano y la literatura española entre dos siglos”, prólogo a su edición de *La literatura del día (1900 a 1903)* de U. González Serrano. Gijón, Libros del Peixe, 2001, p. 14.

¹⁵ Alusión a la filosofía de la historia krausista, según la cual el desarrollo de la humanidad alcanza su plenitud y perfección en la tercera edad armónica.

día en parte general, especial y orgánica¹⁶, entra de corresponsal en un periódico de provincias donde habla de los progresos de la psicología en clave monista¹⁷; fracasado en este trabajo escribe una obra definitiva sobre filosofía con más de dos mil páginas de investigaciones ascendentes y descendentes¹⁸ y en busca de editor da con uno que lo contrata como escribiente, gracias a la perfecta caligrafía en letra bastardilla de nuestro protagonista¹⁹. En *El doctor Pértinax*, *Clarín* recrea un personaje que luego repetirá en *La Regenta*, el del ateo que muere sin confesión, y, por lo tanto, no es enterrado en sagrado²⁰. *Clarín* fustiga aquí la jerga krausista, que tan duramente criticaran y ridiculizaran Menéndez Pelayo, Campoamor y Barrantes. Una vez muerto el doctor Pértinax se encuentra en el cielo con San Pedro, San Juan Evangelista, Santo Tomás de Aquino, Hegel, Santo Tomás apóstol, Alejandrito (Pidal y Mon), Santa Escolástica, el Santo Job, Diógenes, Scoto y Espartero; con todos discute y discurre señalando como última palabra y tesis inamovible lo contenido en la vigésima edición de su libro *Filosofía última...*, frente al cual deben enmudecer todas las escolásticas. Tras el juicio particular nuestro Pértinax es absuelto, por lo que merece la gloria eterna, a la vez que se condena en costas al fiscal don Ramón Nocedal²¹. Pánfilo Saviaseca, protagonista de *Doctor Angelicus*, hallábase una tarde de mayo en el parque del Retiro leyendo la *Crítica de la razón pura* y al llegar a “aquello de si la percepción del yo es o no conocimiento analítico *a priori*”²², apareció Eufemia con la que poco después se casaba. Pero Eufemia tenía un primo alférez que le tiraba los tejos y mientras el marido escribía la obra filosófica²³ con la que esperaba alcanzar la inmortalidad y emborrataba las cuarti-

¹⁶ Los manuales y libros de texto krausistas de la época, desde el punto de vista metodológico, se estructuraban en tres partes: general, especial y orgánica.

¹⁷ Esto es, la psicofísica y la psicología fisiológica del krausopositivismo que tan bien ilustran Nicolás Salmerón y Urbano González Serrano.

¹⁸ Se refiere a los dos momentos de la filosofía krausista: la primera parte o análisis, proceso subjetivo-ascendente; y la segunda parte o síntesis, proceso objetivo-descendente.

¹⁹ Cfr. ALAS CLARÍN, L.: *Sermón perdido (Crítica y sátira)*. En *Cuentos completos*, ed. cit., vol. 1, pp. 143-147.

²⁰ Como les sucedió a la mayoría de los filósofos krausistas, que murieron fuera de la Iglesia Católica y están enterrados en cementerios civiles.

²¹ Cfr. ALAS CLARÍN, L.: *Solos de Clarín*. En *Cuentos Completos*, ed. cit., vol. 1, pp. 105-114.

²² ALAS CLARÍN, L.: *Doctor Sutilis*. En *Cuentos completos*, ed. cit., vol. 2, p. 336.

²³ Dicha obra se titulaba *Eufemia. Investigaciones acerca de la dignidad y finalidad racional de la vida humana. Eudemonología aplicada, basada en una arquitectónica racional de la biología psíquica, especialmente la prasiológica*.

llas con sesudas reflexiones, los jóvenes amantes se entregaban a su pasión sin recato.

Otro cuento muy interesante desde esta perspectiva es el titulado *La mosca sabia*, en el que se nos habla del filósofo don Eufrasio Macrocéfalo, poseedor de una excelente biblioteca donde destacaban las obras de Platón, Leibniz, Descartes, San Agustín, Kant, Bacon, La Enciclopedia... Ahora bien, esta biblioteca tenía otro inquilino, una ilustrada mosca que allí mismo había nacido y que a fuerza de posarse ora en un libro, ora en otro, habíase convertido en un sabio y políglota insecto que hablaba con corrección y propiedad a la vez que recitaba versos clásicos: ya las sonoras décimas de *La Mosquea* de José de Villaviciosa, ya las hermosas silvas de *La Gatomaquia* de Lope de Vega, y hasta incluso la *Batracomomaquia* del mismísimo Homero, en su lengua original y con la misma cadencia con la que Alejandro recitaba la *Ilíada*:

*“Arjomenos proton Mouson joron ex Heliconos...”*²⁴

Vemos que la mosca era toda una experta en materia de épica burlesca, pero don Eufrasio quería matarla una vez conocido el fundamento o por qué de la pena de muerte y los derechos de los animales sobre tan importantísima cuestión. Y para ello tenía que llegar a la metafísica sintética, aunque solo fuera para saber qué derecho le asistía para aplastar a tan vil y parlanchín insecto. La mosca, entre tanto, andaba ufana por la dificultad de alcanzar la Sintética²⁵, lo que parecía un seguro de vida que, a la larga, se demostraría falso pues “la mosca sabia murió antes de que llegase Don Eufrasio a la filosofía sintética”²⁶ de un manotazo.

Pero es sin embargo en *Zurita* donde las referencias krausistas se presentan con más claridad y mejores desarrollos. En este cuento de 1884 *Clarín* traza la biografía de Aquiles Zurita, un estudiante de Filosofía que se traslada desde Valencia a Madrid para realizar el doctorado junto a las eminencias y sabios catedráticos de la Universidad Central. Y es que nuestro protagonista, desde la capital del Turia, soñaba con oír y ver algún día

²⁴ ALAS CLARÍN, L.: *Solos de Clarín*. En *Cuentos completos*, ed. cit., vol. 1, p. 89.

²⁵ Al exponer Sanz del Río la filosofía de Krause, sólo publicó la primera parte del sistema, es decir, la Analítica, dejando la segunda o Sintética en apuntes. De aquí que sus discípulos tuvieran gran dificultad en comprender la culminación de un sistema que encontraba precisamente su legitimación en esa segunda parte, hecho al que alude varias veces la narración.

²⁶ *Cuentos completos*, 1, p. 99.

a las lumbreras de la Universidad Central, del Ateneo y del Fomento de las Artes. En Madrid sufre las burlas y las risas de profesor y alumnos a causa de su nombre, y, azorado, no es capaz de responder a la pregunta “¿qué es conocimiento?”, pues quien ha estudiado Metafísica en Valencia no alcanza a calibrar el fundamento de las cuestiones últimas según la moda de la corte a la manera de los estéticos alemanes. En la fonda donde se aloja comparte alcoba con don Cipriano, un filósofo krausista “amateur”, cejijunto y taciturno que le instruye y alecciona a propósito de profesores y clases, desaconsejándole la lectura porque le llenará el espíritu de prejuicios: “nosotros no leemos libros, sino que *aprendemos en la propia reflexión, ante nosotros mismos, todo lo que hay puesto en la conciencia para conocer en vista inmediata, no por saberlo sino por serlo*”²⁷. De igual modo le advierte para que no asista a cátedras de pensadores meramente subjetivos y se olvide de títulos y doctorado así como de las prebendas de los ascensos y derechos pasivos. Y si Zurita quiere opositar a cátedras que lo haga a las de Instituto: “¿Qué tiene que ver la ciencia con las clases pasivas ni con su futura de usted? El filósofo no se casa si no puede. ¿No sabe usted, señor mío, amar la ciencia por la ciencia?... Concrétese usted a una aspiración; determine usted su vocación, dedicándose, por ejemplo, a una cátedra de Psicología, Lógica y Ética, y prescindida de lo demás. Así se es filósofo, y sólo así”²⁸. Y Zurita vio la luz, se hizo krausista, aunque de forma tópica y superficial, y abandonó el doctorado, pero debía tener paciencia pues incluso dos años eran pocos para iniciarse en la filosofía armónica; incluso andando el tiempo podría asistir, como él, a las lecciones de Salmerón y Giner para las que aun no se hallaba preparado. Pero la ilusión era mucha, y las ganas todavía más; su único objetivo era “*encontrar a Dios en la conciencia, siendo uno con Él y bajo Él*”²⁹. A medida que nuestro protagonista iba progresando en elucubraciones filosóficas, despertaba pasiones amorosas entre sus patronas y amigas: primero doña Concha; luego doña

²⁷ ALAS CLARIN, L.: *Pipá*. Edición de Antonio Ramos-Gascón. Madrid, Ediciones Cátedra, 1976, p. 323. La cita elegida es una parodia del lenguaje y terminología krausistas. Otras frases en las que se ridiculiza la jerga krausista son, p.e., las siguientes: Zurita se esmeraba en “prescindir de su propio yo, *como tal yo finito (éste que está aquí, sin más)*” (pp. 327-328), o “se le figuraba que iba entrando en el yo en sí, *antes de la distinción de mí a los demás...*” (p. 328); también “desesperaba de encontrar lo absoluto, el Ser, así en letra mayúscula, en el propio yo, ‘no como éste a distinción de los demás, sino en sí, en lo que era antes de ser para la relación del límite, etc.’”, a pesar de asistir a todas las cátedras de ciencia armónica (p. 336).

²⁸ *Ibid.*, p. 324.

²⁹ *Ibid.*, p. 325.

Engracia, antigua amiga que le requiere para que latinice a su hijo; y, por último, doña Tula, la patrona de Lugarucos a donde llega con cuarenta años como catedrático de Psicología, Lógica y Ética; pero cuando los progresos parecían llegar a buen puerto, Zurita huía asustado. La narración clariniana expone la evolución del krausismo hacia la experimentación positivista, es decir, hacia lo que ha dado en llamarse krausopositivismo³⁰. En el Ateneo, a donde asiste Zurita como socio transeunte, un antiguo compañero suyo grita que la Metafísica no existe y que el krausismo ya está caduco porque acabamos de salir de la edad teológica y estamos en la metafísica, pero es preciso entrar en la científica o positiva. Mientras, otro se declara paladín de los *hechos* y enemigo acérrimo de *toda ciencia a priori*; éste último asegura haber comido tres veces con Claudio Bernard y ser condiscípulo de un hijo del secretario particular de Littré, créditos más que suficientes para presumir de positivista, la nueva moda que ha destronado al krausismo. Otro día Zurita se encuentra con don Cipriano que viene de los toros en compañía de su mujer y su hijo; hacía años que no se veían y su antiguo mentor le confiesa su equivocación al buscar la Esencia del Ser en nosotros mismos, que ahora seguía la experimentación y los hechos habiendo abandonado el krausismo porque ya no había krausistas desde que Salmerón estaba en París³¹. El cuento narra la evolución del krausismo en un lenguaje no exento de humor y de fina ironía, al que incluso podría buscársele nombres y apellidos para determinados personajes, como señala el mismo *Clarín*:

Mi *Aquiles Zurita* es un caballero tan honrado como sencillo, que vive, y no lejos de mí, y no puedo nombrarle por mil razones; esto poco puedo decirlo porque supongo que él no leerá papeles míos de *vaga y amena* literatura; pero dar más señas es ilícito. El profesor de mi cuento existió también, y el chiste, o lo que sea, de "lo que es conocimiento en

³⁰ Cfr. mis escritos "La implantación del krausopositivismo en España", en *Actas del IV Seminario de Historia de la Filosofía Española*. Ediciones Universidad de Salamanca, 1986, pp. 649-658; y *El krausopositivismo de Urbano González Serrano*. Badajoz, Departamento de Publicaciones de la Diputación Provincial, 1996.

³¹ Tras el sexenio revolucionario, durante el cual Nicolás Salmerón ocupó la presidencia de la primera República, y después de la II Cuestión Universitaria por la que fue encarcelado y desterrado a Lugo, el político republicano y catedrático de Metafísica salió en agosto de 1876 camino del exilio. Estuvo unos meses en Portugal pero, ante el acoso del gobierno luso, marchó definitivamente a París. Tras un retorno momentáneo en 1883 para resolver asuntos relativos a la cátedra (en 1881 los liberales de Sagasta habían repuesto a los profesores expedientados y expulsados), regresó definitivamente a Madrid en 1886. Durante su estancia parisina evolucionó hacia un monismo científico, lo que explica la alusión de *Clarín*.

Valencia”, es rigurosamente histórico. Por lo demás, mi *Zurita* tiene por objeto pintar dos clases de filósofos de escalera abajo, dos *ebionitas* de la filosofía krausista española, por decirlo así³².

2.- CLARÍN SOBRE GONZÁLEZ SERRANO

Clarín se refirió expresamente a González Serrano en varias ocasiones, casi siempre tratándole como “maestro”, y en otras alusiones sobre el krausismo. De forma un tanto esporádica, por ejemplo, en *Solos de Clarín* (1881), *Sermón perdido* (1885), *Mezclilla* (1889) o *Ensayos y revistas* (1892). Estas referencias comienzan en fecha muy temprana, pues ya se ha señalado que *Clarín* conoció a González Serrano en 1871, en las aulas de San Bernardo cuando asistía a la clase de Metafísica. La primera referencia apareció en *El Solfeo* en 1875; el escritor asturiano está dando cuenta del libro de José del Perojo *Ensayos sobre el movimiento intelectual en Alemania*, y de pasada alude a la “crítica concienzuda” que en la *Revista de Instrucción Pública* hará “el joven filósofo señor González Serrano”³³. No me ha sido posible localizar la reseña de González Serrano en la revista mencionada, pero en cambio sí he encontrado otra (en el caso de que la mencionada por el escritor asturiano llegara a salir) en la *Revista de Andalucía*³⁴. Otra mención en *El Solfeo* hace referencia al discurso de González Serrano en noviembre de 1875 en los debates celebrados en el Ateneo de Madrid sobre la cuestión del positivismo; en esta ocasión *Clarín* señala cómo el filósofo extremeño “admitió del positivismo la tendencia a estudiar la realidad, pero señaló la insuficiencia de su criterio; condenó la sustitución de todo absoluto por la evolución, por el fenómeno del fenómeno, y pasando luego a las relaciones con otras esferas de la vida, tuvo enérgicos apóstrofes y razones contundentes contra los que hacen una separación abstracta de la vida y la ciencia; poniendo además en claro, quizá

³² ALAS CLARIN, L.: *Folletos literarios IV. Mis plagios*. En *Obras Completas*, IV. Edición y prólogo de Santos Sanz Villanueva. Madrid, Biblioteca Castro, 1998, p. 242.

³³ ALAS CLARIN, L.: *El Solfeo*, nº 44, 14 de octubre de 1875; recogido en *Obras Completas V. Artículos (1875-1878)*. Edición de Jean-François Botrel e Yvan Lissorgues. Oviedo, Ediciones Nobel, 2002, p. 152.

³⁴ Cfr. GONZALEZ SERRANO, U.: “Ensayos de crítica y de filosofía. Ensayos sobre el movimiento intelectual en Alemania, por José del Perojo”, en *Revista de Andalucía*, XIII, Cuad. 4º (25 de agosto de 1878), pp. 145-153, y Cuad. 5º (10 de septiembre de 1878), pp. 213-222. Recogido con posterioridad en el libro *Ensayos de Crítica y de Filosofía*. Madrid, Aurelio J. Alaría, Impresor, 1881, pp. 179-199.

con demasiada brevedad para llevar la convicción a todos los ánimos, las deplorables consecuencias que el positivismo trae consigo para la justicia, para la moral y para la religión”. Aquí se nos muestra a un González Serrano enemigo del positivismo que, en poco tiempo, va a cambiar de posición para evolucionar hacia el *krausopositivismo*. A pesar de todo, *Clarín* reconoce que “improvisó un brillante discurso, no menos notable por el fondo que por la forma correcta y clara, persuasiva y entusiasta”³⁵. Una sucinta mención a Goethe³⁶ y a la ausencia de González Serrano y de otros jóvenes en *Los Oradores del Ateneo* de Armando Palacio Valdés³⁷ cierran las alusiones aparecidas en el diario *El Solfeo*.

En *Ensayos y revistas* Leopoldo Alas recoge una serie de artículos y recensiones críticas que habían aparecido previamente en la prensa de la época. Se inicia el libro con el artículo “Camus”, donde narra el ya mencionado encuentro con González Serrano en la clase de Metafísica, y en uno de los apartados de “Revista literaria” alude de pasada a *Estudios psicológicos* y *Estudios críticos*, dos obras de González Serrano publicadas en 1892, a las que espera dedicar más atención en un próximo número³⁸, cosa que no sabemos si llegó a realizar. Se refiere al pensador extremeño como “el notable filósofo español (el único filósofo español acaso que hoy escribe con cierta asiduidad)”³⁹ para concluir aseverando que “es claro que los *Estudios críticos* del señor Serrano entran en la literatura *directamente*; mas prefiero examinarlos con la unidad que dará la consideración del ingenio de su autor al análisis de sus trabajos críticos y de los psicológicos. ¡Análisis! No será tanto; pero, en fin, lo que yo pueda”⁴⁰.

De forma más extensa *Clarín* habla de González Serrano y de su obra en varias reseñas. En “Un libro de González Serrano. Preocupaciones sociales.-

³⁵ ALAS CLARIN, L.: *El Solfeo*, n° 88, 27 de noviembre de 1875; en *Obras Completas V*, ed. cit., p. 239.

³⁶ Cfr. *El Solfeo*, n° 176, 24 de febrero de 1876; en *Obras Completas V*, pp. 385-386.

³⁷ Cfr. *El Solfeo*, n° 766, 24 de febrero de 1878; en *Obras Completas V*, p. 949.

³⁸ “Mis propósitos respecto de estos libros son buenos; pero el espacio me falta hoy, pues necesito emplear el que me queda en obras puramente literarias. En la próxima revista, Dios mediante, hablaré de tan interesantes obras, más o menos, refiriéndome, como es natural aquí, a la relación literaria en que cabe examinar los respectivos asuntos de que tratan”. En ALAS CLARIN, L.: *Ensayos y revistas*, ed. de Antonio Vilanova, p. 294.

³⁹ *Ibid.*, 293.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 294.

⁴¹ En *El Porvenir*, año I, n° 266 (8-XI-1892) p. 2 y n° 276 (19-XI-1892) pp. 3-4; recogido en UTT, Roger L.: *Textos y contextos de Clarín*, ed. cit., pp. 279-286.

Ensayos de psicología popular”⁴¹, antes de tratar directamente del libro dedica unas páginas al autor, de quien dice ser “el discípulo predilecto de Salmerón”, el sustituto de su cátedra de metafísica, encuadrado en la tercera generación de la escuela krausista, si bien “González Serrano salió de la indudable corruptela de los filósofos, sus maestros, muy a tiempo”⁴². Termina señalando que, al llegar a España el positivismo, no se dejó seducir por él, aunque no rechazó su influjo. Por lo que respecta a la obra en cuestión, *Clarín* la sitúa entre obra científica y puramente literaria, dentro de la psicología social, sobre la base de una metodología psicológica que pretende describir tipos y caracteres desde el ámbito de la objetividad positivista.

Más atención y cuidado pone el crítico ovetense en el estudio de González Serrano sobre Goethe. En 1878 había publicado *Goethe. Ensayos críticos*, un libro que alcanzaría un éxito notable hasta el punto de ser reeditado en 1892, 1900 y 1944 (esta última apareció en Buenos Aires de forma abreviada). De la gran acogida del libro dan cuenta las reseñas de Revilla (*Revista Contemporánea* 19 [1879] pp. 376-379), Aura Boronat (*Revista de España* 67 [1879] pp. 422-431) y Giner (*Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* 3 [1879] pp. 57-58, 66-67, 73-74 y 81). El propio *Clarín* publicó la suya en *La Unión* (18 de febrero de 1879) que más tarde aparecería como prólogo a la segunda edición de 1892. Si algo valora el crítico asturiano por encima de todo lo demás en González Serrano es el hecho de atreverse a realizar una monografía sobre un autor extranjero, cuando nuestros castizos y eruditos literatos aborrecen todo lo que viene de fuera, y además se conforman con estudiar sólo lo exterior de la forma en vez de la profundidad del ingenio. Pero en el filósofo extremeño ve *Clarín* todo lo que busca en un buen crítico y por ello muestra su “sincera admiración ante las dotes excepcionales de crítico verdadero, que ha demostrado el Sr. González Serrano en su libro de *Goethe*”⁴³. E igualmente valora de manera muy positiva esa mirada allende nuestras fronteras, para oxigenarnos y, a la vez, modernizarnos, sin que por ello se les pueda tachar de antiespañoles: “El verdadero españolismo consiste en importar los elementos dignos de aclimatarse en nuestro propio suelo, y en estudiar ciudadanosamente, para asimilárnoslo, cuanto fuera se produce que merezca la pena de verlo y aprenderlo”⁴⁴. Por que esto hizo Sanz del Río con Krause: importar una filosofía extranjera

⁴² *Textos y contextos de Clarín*, p. 281.

⁴³ “Prólogo” de *Clarín* a *Goethe. Ensayos críticos* de U. González Serrano. 2ª ed., Madrid, Imprenta Económica de Luis Carrión (Hijo), 1892, p. XXIV.

⁴⁴ *Ibid.*, p. IX.

para crear lo que no había en España, un pensamiento propio. Y de este modo puede concluir *Clarín* a propósito de González Serrano con una defensa del krausismo⁴⁵.

El 9 de abril de 1893 dedica *Clarín* uno de sus paliques⁴⁶ al folleto escrito por González Serrano y Adolfo Posada bajo el título *La amistad y el sexo. Cartas sobre la educación de la mujer*. Centrado el tema en medio del feminismo del momento, González Serrano mantiene que entre el hombre y la mujer no cabe amistad, pues la relación siempre acaba en amor; por ello se muestra partidario de una educación separada, mostrando sus reservas por el sistema de coeducación que, sin embargo, proponía el krausoinstitucionismo. Esta idea ya la había defendido en *Estudios psicológicos*, lo que le valió un furibundo ataque de la condesa Pardo Bazán⁴⁷.

En un número del año 1894 de *La Ilustración Ibérica*⁴⁸ publica *Clarín* un artículo sobre González Serrano para dar, aparentemente, noticia de dos de sus últimas publicaciones: *Psicología* y *En pro y en contra*; a la primera, que es la segunda edición del *Manual de Psicología* escrito para sus alumnos del Instituto de San Isidro, tan sólo le dedica media docena de páginas, y a la segunda ni siquiera la menciona. Todo el artículo gira en torno a la persona de González Serrano que, en opinión de *Clarín*, no es conocido como debería, y si en Europa nos hicieran caso sería uno de los pensadores contemporáneos de moda como los Caro, los Fouilleé, los Guyau, Roberty, Paulhan,

⁴⁵ “El que quiera convencerse de la injusticia con que han sido atacados por el exclusivismo los filósofos españoles que se han dado en llamar krausistas, pase los ojos por este libro, cuyo autor, aunque joven, es ya uno de los más distinguidos representantes de la tendencia filosófica que tanto ha dado que decir. Goethe no podría ser comprendido, ni sobre todo juzgado, por un espíritu exclusivista de esos que se abrazan a una parcialidad con ciega pasión, desdénando todo lo que difiere de su ideal determinado y reducido a infranqueables límites; quien tenga limitada su inteligencia y toda la conciencia por lo que han llamado los alemanes gráficamente *einseitigkeit* no puede sinceramente admirar al autor del *Fausto* que fue supersticioso, místico, panteísta, ecléctico, quizá escéptico, quizá sensualista, y lo fue todo sin contradicción real, siéndolo por grados sucesivos. Pero el Sr. González Serrano, educado en riguroso estudio científico, sabe distinguir la parsimonia y orden que la verdadera filosofía exige del estrecho escolasticismo, de letal influencia para el espíritu, que se deja enredar en sus mallas de acero frío e inflexible”. *Ibid.*, pp. XX-XXI.

⁴⁶ Cfr. ALAS CLARIN, L.: *Palique*. Madrid, Librería de Victoriano Suárez, 1893, pp. 81-86.

⁴⁷ Para todo lo relativo a la cuestión feminista en González Serrano véase mi libro *El Krausopositivismo de Urbano González Serrano*, ed. cit., pp. 285-289.

⁴⁸ Cfr. ALAS CLARIN, L.: “González Serrano”, *La Ilustración Ibérica* n° 605 (4 agosto 1894), pp. 486-487. Recogido en *Siglo pasado, Lecturas, De fuera, Otros artículos*. Edición y Prólogo de José Luis García Martín. Epílogo de José-Carlos Mainer. Gijón, Libros del Peixe, 2000, pp. 210-214.

Marion, Secretan, etc. *Clarín* se sigue considerando su discípulo, y le aprecia más como filósofo y psicólogo que como crítico literario: “En cierto sentido, puede decirse que González Serrano es la primera figura, y casi, casi la única, de nuestra filosofía militante”⁴⁹. Insiste de nuevo en el valor del krausismo, si bien considera que González Serrano, por ser un espíritu libre, dejó el krausismo para abrirse a otros horizontes: “Sanz del Río fue el maestro de Salmerón, Salmerón fue el maestro de González Serrano; pero así como Salmerón se llegó a separar mucho de la doctrina del *patriarca krausista*, González Serrano pronto pensó con absoluta independencia y nada quedó en él del ortodoxo krausista de otros tiempos, a no ser ciertas disciplinas morales y metódicas, muy buenas y muy en consonancia con el carácter serio, leal, franco, independiente de mi ilustre profesor y amigo”⁵⁰.

3.- GONZÁLEZ SERRANO SOBRE *CLARÍN*

Aunque las referencias de González Serrano al crítico asturiano son bastante numerosas a lo largo de toda su obra, sólo me voy a referir a aquéllas que considero más importantes, bien sea por su tratamiento *in extenso*, bien porque hace hincapié en determinados aspectos que considera fundamentales en el desarrollo de sus escritos. Lo cierto es que el filósofo extremeño sólo repara en su labor crítica y como agitador de ideas, olvidando o dejando totalmente de lado, de manera incomprensible, la creación literaria por la que tan admirado y alabado fue tanto en su tiempo como en el nuestro. Sólo una brevísima referencia, y de pasada, a su *Regenta* considerándola “obra tan magistral, (aunque un tanto diluída)”⁵¹; ni la más mínima referencia a *Su único hijo*, ni a las novelas cortas, ni a los cuentos.

“La Crítica en España” fue un trabajo publicado en *La Ilustración Ibérica* en 1890⁵², en donde señala como modelos a imitar, aunque inalcanzables, a Taine y a Renan. Entre los españoles menciona los nombres de Larra, Revilla, Balart, Giner, Valera, Ortega Munilla, Cavia, Picón, Ixart, Pardo

⁴⁹ En *Siglo pasado*, ed. cit., p. 213. En otro momento dice: “Aparte de sus muchos méritos, tiene el singularísimo, y de gran valor circunstancial, de ser de los pocos españoles, dignos de ser escuchados, que insisten en hablar aunque no se les oiga” (p. 210).

⁵⁰ *Ibid.*, pp. 212-213.

⁵¹ GONZALEZ SERRANO, U.: *Estudios críticos*. Madrid, Escuela Tipográfica del Hospicio, 1892, p. 150.

⁵² Cfr. GONZALEZ SERRANO, U.: “La Crítica en España”, *La Ilustración Ibérica* VIII, n.º 407 (18 octubre 1890), pp. 662-664; recogido en *Estudios críticos*, ed. cit., pp. 123-132.

Bazán y, los que para él representan la crítica moderna del momento que son *Clarín*, Menéndez Pelayo y Palacio Valdés: “En España muerto Larra, malogrado prematuramente Revilla, en silencio voluntario Balart, con movilidad versátil en pro de causas nobles Giner de los Ríos (F.), utilizado y quintesenciado [*sic*] Valera, recluído en su efectismo gongorino Ortega Munilla, derrochando su talento y su gracia Cavia en la nota del día, nostálgico y un tanto retraído Picón, Ixart circunscrito a sus valiosos *comptes rendus* y retirado Orlando (Lara), apenas si siguen dando en el yunque, aunque con la constancia relativa que indica el orden en que los nombramos, *Clarín*, Menéndez Pelayo y Palacio Valdés”⁵³. La nota humorística, según González Serrano, es la característica más específica de la crítica clariniana, además de la sátira como elemento complementario. Marcado sobre todo por Zola y el naturalismo de forma obsesiva, estudia el medio exterior de la obra y la atmósfera que rodea al autor penetrando en lo íntimo de la obra de arte como nadie; por ello ha podido definirle como *buzo del pensamiento*⁵⁴.

En *Estudios críticos* recoge una reseña bibliográfica que no he podido localizar en su publicación originaria en alguna de las revistas en las que González Serrano colaboraba con asiduidad. Se trata de *Museum* (1890), que ocupa el número siete en la serie de *Folletos literarios* que dio a la estampa *Clarín* entre 1886 y 1991. Estos folletos representan en la historia interna de la cultura patria, según el pensador extremeño, lo que la *Comedia humana* de Balzac en la sociedad que describe: “una fotografía semoviente”. González Serrano sitúa a *Clarín* en la cima de la crítica de su tiempo, muy superior a los Saint-Beuve, Daudet o los Goncourt. En *Museum* se refiere a la *Poética* de Campoamor y a las obras de Pardo Bazán, criticando y censurando lo que estima conveniente en virtud de la *moralidad científica*, pero sin dejar de sentir admiración y respeto por ambos. El juicio sobre *Clarín* crítico es altamente positivo, aunque sin dejar de reconocer las filias y las fobias que despiertan sus obras: “Para Clarín no se ha hecho el término medio; no es una medianía, es *personalidad* crítica y artística, que excede lo vulgar; o se le odia con odio africano, o se le ensalza hasta las nubes; porque en sus producciones pone sus propias ideas, pero pone también un tantico de sus simpatías y preferencias, y cuando las que rodea de aureola son las antipatías de los otros, vuelven contra él con saña y le aplican algo de la injusticia que a veces el propio Clarín emplea”⁵⁵.

⁵³ *Estudios críticos*, p. 125.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 129.

⁵⁵ *Ibid.*, ed. cit., pp. 149-150.

En *Siluetas*⁵⁶ González Serrano realiza una serie de apuntes breves, aunque enjundiosos y perspicaces, sobre destacadas figuras de la literatura española de fin de siglo. Destaca, sobre todo, el capítulo dedicado a Martínez Ruiz (antes de convertirse en *Azorín*) en los comienzos de su carrera literaria cuando era prácticamente desconocido. El texto sobre *Clarín* está sacado, con ligerísimos retoques, de “La Crítica en España” con un añadido sobre la evolución religiosa del último *Clarín* que para González Serrano “tiende a un *neocristianismo*, que, si empequeñece su antigua y bien probada representación de escritor satírico, con ribetes de volterismo, agranda el horizonte de su pensamiento, cada vez más típico y personal”⁵⁷.

Por último, el artículo necrológico que, bajo el título de “Un día de luto”, publicó González Serrano con ocasión de la muerte de *Clarín* ocurrida el 13 de junio de 1901, ofrece sin duda el mejor retrato de su amigo. Le recuerda como catedrático, economista, pensador, novelista, cuentista, pero, sobre todo, *crítico*, faceta en la que brilló a más altura que ninguno en la literatura de nuestro país gracias a sus “Solos”, “Paliques”, “Revistas” y “Folletos literarios”. González Serrano se lamenta de su pérdida y elogia su faceta de pensador que tuvo en Renan, en Moreno Nieto, en Giner, a sus auténticos maestros. Alude también al neocristianismo de la última etapa, que pretendía una restauración religiosa. Sin embargo los elogios con que ilustra su personalidad van siempre acompañados de reproches: así *Clarín* fue un pensador “algo petrificado en idealismos difusos”, “con ribetes de dómine”, era “pobre de inventiva”, tenía una “biliosa irritabilidad, rayando a veces en la injusticia”, sus escritos “denunciaban de modo patente la enciclopedia no digerida de lecturas y de ideas que albergaba su cerebro”, y su crítica se obscurecía por culpa de “un *mariposeo intelectual* que le conducía a veces a un infantilismo incomprensible”⁵⁸. Estos juicios no gustaron en el ambiente ovetense hasta el punto de levantar veladas críticas. Y es que González Serrano, tan excesivamente ponderado en sus elogios como dice González Martín, sólo alabó sin reservas a Goethe y a Campoamor, situados en la cima de su panteón literario. Aun con todo, esas reservas no limitan en nada el alto aprecio en que el pensador extremeño tenía al crítico asturiano,

⁵⁶ Cfr. GONZÁLEZ SERRANO, U.: *Siluetas, con retratos y autógrafos de Revilla, Campoamor, Palacio Valdés, Fray Candil, Clarín, Menéndez Pelayo, Picón, Cavia, Bonafoux y Martínez Ruiz*. Madrid, volumen V de la Biblioteca Mignon, 1899, 94 pp.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 47.

⁵⁸ GONZÁLEZ SERRANO, U.: “Un día de luto”, en *La literatura del día (1900 a 1903)*. Barcelona, Imprenta de Henrich y C^a, Biblioteca de Escritores Contemporáneos vol. I, 1903, pp. 141-145.

y el último párrafo de su necrología es buena prueba de ello: “Cicatrizarán las heridas que causó la crítica mordaz y violenta de Clarín, perdurará lo positivo de su obra, agrandará su personalidad luego que el tiempo calme las pasiones que agitó con sus polémicas; pero en tanto, el epitafio de Clarín no se ha de reducir a la fórmula de “uno más o uno menos”. Excedió la línea de lo vulgar y contra tendencias igualitarias y niveladoras de una democracia de oropel, Clarín es de los elegidos, de los que el coro del simbolismo faustiano ensalza como espíritus, que han convertido su conciencia en espejo del universo y de sus más altas manifestaciones, la hermosura artística y la verdad del pensamiento científico”⁵⁹.

Hasta aquí la especial relación de amistad y de respeto intelectual que unió la vida de estos dos autores por encima de las mezquindades y las vicisitudes del día. En el año del centenario de la muerte de *Clarín* estas líneas pretenden ser un homenaje a su persona y también a la de su amigo pues, como ha señalado un reciente crítico, “la relación con Clarín tenía bastante de fraternal, y por eso mismo no dejaba de incluir una veta de tácita rivalidad y secreta envidia: González Serrano era el sabio ponderado y ecuánime que al irascible y atropellado Leopoldo Alas le habría gustado ser; Leopoldo Alas, con todas sus intemperancias, tenía el genio creador que a González Serrano le faltaba. Clarín veía en González Serrano una especie de hermano mayor”⁶⁰.

⁵⁹ *Ibid.*, pp. 146-147.

⁶⁰ GARCIA MARTIN, J.L.: “Prólogo” citado, pp. 13-14.